

*Mauricio Beuchot*

# El símbolo en nuestro siglo

Verónica Volkow

*Mauricio Beuchot es uno de nuestros filósofos más audaces y novedosos. Su propuesta de una hermenéutica analógica, basada en el universo de lo simbólico, es de una actualidad irrefutable. La poeta y ensayista Verónica Volkow examina la obra de Beuchot y sus resonancias en la ética, la poética y la siempre necesaria comprensión del otro.*

“Habita el hombre poéticamente sobre la tierra”, nos dice Heidegger, implicando que a través de la poesía y de los símbolos, el hombre intenta integrar todas las dimensiones que lo constituyen a la realidad del mundo. A través de los símbolos el hombre encuentra su ubicación y traza sus coordenadas de orientación y pertenencia: puede tener cabida, como ese ser a la vez físico y espiritual que es, dentro del mundo. El símbolo participa de esta dimensión múltiple que configura al hombre: tiene una pertenencia física y otra, o más bien diría, otras pertenencias espirituales. El símbolo es la casa habitación intelectual que le permite pensar, sentir y desarrollarse; integrar su experiencia, sobre la tierra y bajo el cielo. El símbolo le acerca a su intuición, a su emoción, a su intelecto —esa vislumbrada e insondable orquestación que es la del cosmos. A través del símbolo puede el hombre vivir plenamente dentro de este cosmos al que pertenece porque es su análogo; puede vivir como hombre plenamente, y no exclusivamente como ese animal poseedor de un poco de razón, tecnología y habilidades de supervivencia física, en el que la sociedad tecnocrática quiere convertirnos actualmente.

El hombre sin símbolos vivos se ve sometido al peor de los despojos, pues no tiene manera de que le sean re-

velados sus misteriosos vasos comunicantes con el mundo; su privilegiada habitación en el universo. No tiene manera de que le sea entregada su extraordinaria herencia espiritual. Sin símbolos no tendrá ni voz, ni manos para reclamarla. Vivirá como ciego y sordo respecto a la riqueza que encierra en sí mismo; vivirá sin su lenguaje espiritual. Será un mudo y analfabeta ente atenazado, completamente perdido en el sótano de la peor de las inconsciencias.

Los símbolos son fundamentales para el hombre, nos dice Mauricio Beuchot, y subraya la necesidad de los mismos para la supervivencia del hombre como tal, para que éste pueda desarrollar lo que es su verdadera esencia. Partiendo del hecho de que el hombre es un ser que habita el mundo a través de símbolos, este filósofo mexicano propone su concepción de la hermenéutica analógica.

Primero habría que aclarar que el símbolo tiene en sí mismo un carácter mimético e icónico. Hay, entre el símbolo y su referente, siempre una relación de cierta analogía. El símbolo es análogo a su referente, aunque esta semejanza pueda ser tenue. En ello, sin embargo, el símbolo se diferencia del signo lingüístico, pues este último tiene un valor meramente convencional, un va-

lor dado por su posición particular dentro del sistema general de la lengua. Entre el símbolo y su referente, en cambio, siempre existe mimesis o iconicidad.

Este carácter analógico, constitutivo del símbolo lo vuelve un instrumento cognitivo esencial para dimensiones esenciales de la experiencia del hombre. Beuchot aborda, a través del mismo, la posibilidad de un vínculo cognitivo del hombre con sus semejantes y también la relación del hombre con lo trascendente.

¿Cómo puede el hombre conocer al otro, a ese semejante que es otro? Este otro permanece envuelto por su diferencia y por una irreductible inaccesibilidad. Ésta se agudiza en los casos en que el otro pertenece a otra cultura, otra clase social, otro tiempo donde inclusive requerimos la reconstrucción de contextos históricos para intentar cualquier comprensión. Sin embargo, a través de la analogía podemos llegar a entender a ese otro. La analogía no cancela las diferencias entre mi yo y el del otro, sino que —dentro de la irreductible distancia que implica el ser ambos seres diferentes— traza puentes de acercamiento que permiten una vinculación. Este acceso cognitivo al otro es un lugar virtual dentro de la analogía, al que nos podemos ir acercando poco a poco, pero sin que se cierre nunca la separación entre mi yo y el ajeno. Podríamos trazar un símil con el cálculo diferencial e integral, donde por aproximación creciente a una meta por definición inalcanzable, puede obtenerse información matemática precisa sobre las áreas en cuestión.

De la misma manera en la relación del hombre con el cosmos (para aquellos que sean ateos o agnósticos) o en la relación del hombre con Dios (para quienes a su manera se acercan a él), el símbolo funciona como mediador analógico. El símbolo nos refiere, por analogía, a esa realidad trascendente que nos envuelve de manera viva y misteriosa. El símbolo, a la manera de un dedo índice, apunta silenciosamente hacia esa otra dimensión tan difícil de nombrar, de hecho, imposible de nombrar dentro de los códigos cotidianos comunes. Esta dimensión inescrutable tiene su epifanía, su revelación, a través de los símbolos. Vislumbramos su existencia a través de ese lugar virtual que abre en sí mismo todo símbolo.

El símbolo tiene la capacidad de encerrar a la totalidad dentro de lo fragmentario. Hay una totalidad que existe en el símbolo, pero que existe de manera virtual. Esta totalidad se nos revela —como se nos revela también en la poesía— a través de un determinado fragmento privilegiado. En este sentido, Octavio Paz señala que todo poema es un homólogo de la manera sincrónica y pletórica de correspondencias en que está estructurado el universo. También el símbolo puede acercarse de manera análoga a la totalidad que nos envuelve, desde la parcialidad que nos constituye.

Una de las virtudes de la hermenéutica analógica es que nos permite un conocimiento humano que integra

tanto el acercamiento unívoco —tradicional de las ciencias humanas en el siglo XX— como el equívoco que tendió a imperar en la “así llamada” posmodernidad. Las metodologías epistemológicas de las ciencias humanas en el siglo XX tuvieron un corte, marcadamente univocista, heredado de una voluntad de imitación de las ciencias naturales, las “ciencias fuertes”. A finales del siglo pasado, con la posmodernidad, se da un movimiento contrario y aun más peligroso: el imperativo de la relatividad, donde se tiende al naufragio de toda referencia rectora y donde prácticamente cualquier cosa se puede decir de cualquier cosa.

Un verdadero conocimiento de los fenómenos humanos tiene que integrar univocidad y equivocidad, sujetándose a una noción de jerarquía causal, nos dirá Beuchot. Esta propuesta tiene la enorme bondad de ampliar el campo de lo que podemos referir como verdadero dentro de las ciencias humanas.

Sin esta ampliación de lo que cabalmente se puede decir de una creación humana, bajo parámetros de rigor, quedarían las humanidades sujetas a un raquitismo de devastadora superficialidad, a un mutismo que es mutilación esencial de esa “tradicción humanista” que contextualiza cualquier producción de sentido. Esta necesidad de recuperación de la “tradicción humanista”, tan fundamental para Gadamer, Beuchot nos la rescata a través de su integración de lo unívoco y lo equívoco. ¡Recuperación de una amplitud de lo inteligible, para el saber académico, que no puede ser más que alentadora, vivificante y bienvenida!

Otro concepto de extraordinaria riqueza en la hermenéutica analógica es la alternativa que Beuchot distingue en el símbolo de poder funcionar o bien como icono o bien como ídolo. Hay un aspecto de icono, en el símbolo, que éste generosamente puede adquirir cuando se limita a ser un mediador gnoseológico, sin llamar la atención sobre sí mismo. Pero también está presente el riesgo de que el símbolo se vuelva ídolo, cuando éste pierde su transparencia de mediador y se encapsula en un narcisismo alienante. El ídolo se pretende poseedor, él mismo, de las cualidades, poderes y virtudes de su referente.

El hombre, nos dice Beuchot, vive envuelto en símbolos que lo remiten al macrocosmos. Ejemplos de estos símbolos podrían ser la cruz, la estrella de David, etcétera. Estos símbolos pueden ser iconos cuando se limitan a ser humildemente transparentes, gnoseológicamente mediadores, sin atraer la atención hacia sí mismos, sino proyectándola hacia el referente. Sin embargo, cuando los símbolos quieren atrapar la atención de manera narcisista y alienante, se vuelven ídolos: se vuelven objetos ellos mismos de idolatría; obturan con un esteticismo alienante nuestro verdadero vínculo con el otro y con el mundo. Los ídolos, al reificarse o cosificarse,

excluyen a sus hermanos de analogías. Los ídolos finalmente fracasan en su capacidad para vincularnos.

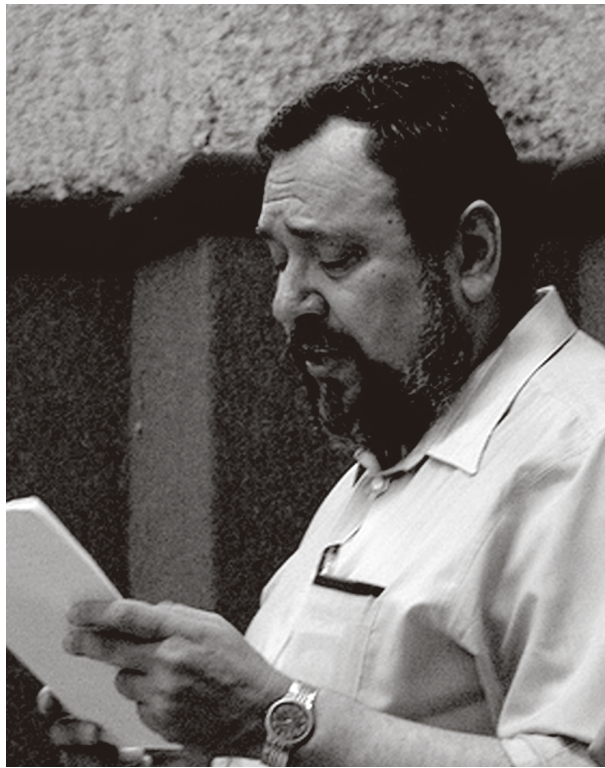
Si los iconos son diáfanos, los ídolos opacos. Si los iconos son incluyentes y nos vinculan con el todo y con los otros, los ídolos son excluyentes y nos encierran en el narcisismo y en un estéril aislamiento. Finalmente los iconos privilegian la verdadera experiencia espiritual, que es un regalo común a todos los hombres, cualquiera que sea su tiempo, raza, cultura o religión.

Esta dinámica del icono y el ídolo que Beuchot explora en relación con los símbolos del macrocosmos, nuestro filósofo tiene el acierto de aplicarla a las relaciones humanas. En mi relación con el otro —en cualquiera de mis roles sociales— puedo funcionar o bien como un icono o bien como ídolo. Soy icono cuando puedo ser lo suficientemente humilde para que el otro —a través de nuestro vínculo— pueda reencontrar su propia dimensión de libertad. Soy icono cuando no impongo mis propios parámetros y expectativas sobre el otro, sino que respeto su naturaleza esencial.

En el plano de la ética, un comportamiento ético nos lanza a una recuperación icónica de nuestro espacio social y espiritual, nos permite revincularnos con la totalidad; nos otorga un lazo global con el cosmos, una pertenencia. Lo ético nos permite pertenecer: tanto a los otros, como al mundo, como a la maravillosa orquesta sideral. Un comportamiento poco ético, por el contrario, castigará nuestra capacidad de vinculación tanto con el espacio social como con el macrocosmos, además de cerrarnos las puertas al corazón de los otros: nos condenará a la ergástula del aislamiento. Podemos utilizar una metáfora musical: si estamos éticamente bien entonados, es decir, funcionando como iconos, podremos participar del concierto magnífico del amor universal y de las esferas. Si estamos malentonados, funcionando como ídolos, sólo escucharemos nuestra propia y limitadísima tonada aislada.

Sendas nociones, las del icono y el ídolo, llevadas al campo de las relaciones humanas, nos otorgan una guía práctica de vida. Nos expresan, además, lo que es el regalo o la ganancia de cualquier acierto ético o espiritual: la vinculación con esferas más amplias de lo existente. El desarrollo espiritual del ser humano debe estar guiado por esta búsqueda de convertirnos cada vez más en iconos, de estar cada vez más entonados con ese amor universal “que mueve al cielo y a todas las estrellas”, según uno de los más grandes poetas.

Estas nociones de icono e ídolo, que Beuchot lleva a un plano espiritual, muy general, retoman el eco de lo que fuera para el marxismo la antinomia de la falsa ideología versus el conocimiento científico, que nos plantea Althusser; o de la pseudoconcreción versus la praxis concreta en el pensamiento de Karel Kozik. El marxismo buscaba la integración de una humanidad sin cla-



Mauricio Beuchot

ses enemigas, una humanidad universal, lo mismo que propondría implícitamente la búsqueda del icono en Beuchot.

Esta antinomia entre icono e ídolo también nos lleva a la oposición *doxa* y *episteme*, que desde los griegos atraviesa la historia del pensamiento occidental. Sin ir más lejos, nos lleva, en la teoría del psicoanálisis freudiano, a la oposición entre el síntoma (siempre ocultador) y la posibilidad de que nos sea revelada una verdad más profunda, como sujetos, a través del espacio analítico. En fin, esta oposición de verdad versus engaño parece ser constitutiva del hombre desde que el hombre es hombre. ¿Cómo dejar de pensar en *El Quijote*?

Otro punto importante en Beuchot es el deslinde que hace de la específica tensión dialéctica que se mantiene en las entrañas del símbolo. El símbolo mantiene siempre abierta la oposición dialéctica, nos dice, sin cancelar la existencia de cada uno de los opuestos mediante una síntesis aplanadora. En ello se diferenciaría de la propuesta hegeliana que postula una dialéctica donde tesis y antítesis se abolirían respectivamente en la síntesis.

La dialéctica del símbolo, nos dice Beuchot, mantiene sin reconciliar a los opuestos, sino simplemente acaso equilibrándolos mediante una negociación. En ello se parecería un poco al síntoma del inconsciente, del que nos habla el psicoanálisis. Es una dialéctica que saca provecho de la diferencia de su opuesto, que necesita de la supervivencia de “su enemigo” —como diría Jorge Cuesta—, para seguir siendo productiva. Esta oposición en el símbolo acaba siendo inagotablemente creativa.

En las dimensiones, literal, alegórica y moral del símbolo, siempre se da esta oposición, esta irreconcilia-

# Lógica y metafísica en la Nueva España

## Mauricio Beuchot

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Filosóficas

ble diferencia que le es constitutiva. Pero consideramos que quizás en la dimensión anagógica del símbolo, aquella que puede referirnos a una buscada unión con la divinidad o al todo se está siempre aludiendo a la síntesis. La dimensión anagógica es en sí misma el lugar de una elocuente aspiración a la síntesis. Sin embargo, esta buscada síntesis, para los parámetros de nuestra cultura moderna, puede ser sólo virtual, el lugar de una añoranza romántica.

Esta síntesis, en el símbolo, se da como aspiración, no como realidad; pues la realidad del símbolo siempre es dual en su manifestación vivencial. El símbolo es por definición reunión de partes separadas, quizás inconciliables.

Pero la dimensión anagógica presente en el símbolo sería como ese índice que nos invita a buscar la pertenencia respecto al todo (para los agnósticos) o a la unidad con Dios (para los creyentes). Pero esto sólo quizá puede ser posible, según el testimonio de las grandes guías espirituales de todos los tiempos, a través de una radical sujeción a la dimensión ética que está implícita en el icono. En el aspecto de icono, la unidad con el universo siempre será esperada promesa.

Consideramos que el proceso de ir madurando emocional y espiritualmente implica un ir hacia la síntesis y a la integración, a través de una ampliación de la conciencia y de ese centro de vida que es el amor. En ello, el símbolo es una invaluable herramienta dialéctica. El símbolo, en sus lecturas más mundanas, no colapsa la

oposición de los contrarios en una síntesis. Pero en el proceso de asimilar nuestra experiencia a través del mismo, los seres humanos vamos elaborando privilegiados momentos de síntesis. Éstos pueden ser cada vez más profundos e integradores, cuando no nos desviamos del camino ético y nos sujetamos al amor. El emblema de este camino podría ser el del irresistible Zeus levantando a Ganimedes hacia el cielo, por decirlo alegóricamente.

Otro valor de la hermenéutica analógica, que sería fundamental subrayar, es su carácter incluyente. El icono es profundamente incluyente de cualquier experiencia espiritual de un otro, pertenezca este otro a la cultura, raza o época que sea. La hermenéutica analógica en sí misma nos lleva a la iconicidad, es decir, a la inclusión y no a la exclusión del otro. La hermenéutica analógica nos aleja del excesivo narcisismo de lo propio, de un rancho nacionalismo mutilante. Esto —consideramos— es muy importante en estos momentos de nuevas búsquedas, aperturas y cambio de paradigmas. Lo icónico nos será siempre infalible guía. Si un camino es icónico, podemos estar seguros de que vamos en la buena dirección; cuando éste deja de serlo, es indicio de que hay que buscar derroteros con horizontes más amplios.

La hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot es un exponente más, profundamente paradigmático, de ese carácter universal que es constitutivo de la tradición literaria y teórica mexicana, según la concibió Jorge Cuesta. Jorge Cuesta decía que lo característico y específicamente mexicano es la universalidad. Esta tendencia a la universalidad mexicana, léase también iconicidad, está siempre presente en grandes escritores mexicanos —a través de poderosas síntesis universales— como es el caso de Octavio Paz, Sor Juana, en su momento, José Vasconcelos con su raza cósmica, Cristóbal de Villalpando con su gran cúpula y también —aunque prematuramente fallecido— en la obra de Jorge Cuesta. En su tan mexicana propuesta filosófica, Mauricio Beuchot vuelve a realizar otra de esas grandes síntesis teóricas que tanto nos caracterizan.

Un tercer punto a realzar sería esa protección que da la hermenéutica analógica al lugar fundamental, al lugar central, del sujeto vivo, dentro de cualquier búsqueda epistémica humanística, sin cancelar por ello la aspiración a la científicidad. La hermenéutica analógica nos estaría advirtiendo que en cualquier metodología que se adopte, debe ésta aceptar su humilde carácter de icono, y no pretender ser un ídolo prepotente en lo totalizador. La verdad en las ciencias del espíritu es posible, pero sólo cuando queda sujeta a la prudencia y a esa propia conciencia de los límites que tiene siempre la iconicidad. Esta prudencia sólo vuelve el camino epistemológico más interesante pues implica que la verdad siempre está abierta, que ésta siempre puede seguir su camino un futuro. **U**